

ENTRE LA IMPOSICIÓN Y LA RESISTENCIA

Lea Schwartzman y Sofía Espíndola

GRUPO SUNÚ DE ACCIÓN INTERCULTURAL

Transitar el campo es desolador. «Van a darse cuenta cuando deben doblar, porque ahí hay un árbol», fue la indicación que nos dieron para llegar a una comunidad avá guaraní, después de largos kilómetros de grandes plantaciones de soja, bajo el sol que abrasa de nuestro caluroso verano, en el Alto Paraná. Y fue así, imposible perdernos de nuestro destino, pues era uno, un solo árbol en medio del sojal, que ya desde lejos se lo podía distinguir en aquel extenso paisaje monótono hasta el hastío.

A la vista de todos, el agronegocio arrasa aceleradamente con las tierras de pueblos indígenas, en un proceso iniciado al menos, hace más de cien años. El saqueo territorial para el fomento de actividades extractivistas ya podemos encontrarlo en el período de la post Guerra del 70, con la conocida ley del 2 de octubre de 1883, donde el Congreso Nacional autoriza al Poder Ejecutivo, presidido por Bernardino Caballero, a vender tierras del Estado, inaugurando el fenómeno de privatización de tierras públicas para el extractivismo de exportación, generándose grandes enclaves de producción agrícola y forestal. Ya en ese periodo, el saqueo viene de la mano del Estado y de sectores empresariales, intensificando el proceso de desconfiguración geográfica, donde gran parte de los pueblos indígenas fueron desarticulados o reducidos en comunidades, y en muchos casos fuera de sus territorios tradicionales e incluso, otros, relegados del derecho a tierra alguna, quedando en situaciones de absoluto despojo.

En su campaña electoral, el actual presidente del país, Horacio Cartes, utilizó el slogan “un nuevo rumbo para el Paraguay”, aludiendo a cambios en dirección a un *progreso* que llevaría a una *modernización*. Reiteradas veces remarcó que en su gobierno se impulsará “un combate contra la pobreza”; un nuevo rumbo para el país sería aquel donde los pobres ya no existan. “Nuestra obsesión es ganar cada batalla de la guerra que hoy declaramos a la pobreza en el Paraguay ... Tenemos todo lo que el mundo quiere: agua potable y más de 90 ríos, energía limpia y renovable, las mejores tierras cultivables. Lo único que nos falta es ... medios económicos para desarrollar mejor nuestras riquezas”, decía al asumir la presidencia. Con estas palabras, quedan claramente expresas las intenciones de arrasar, si de batalla hablamos, las tierras indígenas –así como las campesinas– donde los modelos de producción tradicional y comunitario se encuentran asediados por el modelo del agronegocio, en violenta expansión.

Con esta política, combatir la “pobreza” no significa aseguramiento de tierras ancestrales, ni derecho a la autonomía propia de los pueblos indígenas. Muy por el contrario, se necesita de sus tierras para la expansión de las fronteras del agronegocio y a ellos, para el trabajo forzoso.

Entonces, el desarrollo que lleva a la modernización se concibe desde la inclusión de las comunidades indígenas al modelo de producción propuesto por el agronegocio, a costa de la exclusión de sus mundos simbólicos y autonomías políticas, para incluirlos en un sistema económico, basado en la explotación de los recursos naturales y la acumulación del capital producido en pocas manos. La gran fórmula de desarrollo para el progreso; claro está, progreso del agronegocio.

Consideramos que estas dinámicas se aplican en base a que las tierras donde están asentados los pueblos indígenas forman parte de los últimos remanentes de bosques que quedan en el país. Fuera de éstas y de las reservas y bosques nacionales, quedan ya pocas tierras disponibles para la expansión del agronegocio, que ya se ha devorado un porcentaje considerable de tierras cultivables en Paraguay.

LAS ESTRATEGIAS DE PROPAGACIÓN DEL AGRONEGOCIO

El agronegocio, además de tener su dimensión productiva y económica, tiene una serie de aspectos interdependientes en el orden social, político, cultural y de género, que en la actualidad permean en las realidades que se viven en las comunidades indígenas, a través de diferentes estrategias de presión.

A partir de este contexto, se identifican algunas estrategias de expansión que se utilizan para usurpar las tierras indígenas.

Una de ellas es la asimilación impositiva al modelo mecanizado de producción al interior de las propias comunidades, para la renta al mercado de *commodities*, en detrimento de la soberanía alimentaria. En estos casos, los recursos tecnológicos necesarios difícilmente pueden ser adquiridos por las mismas comunidades, salvo a través de “alianzas” con gremios del sector extractivista, quienes facilitan las maquinarias y herramientas—sean donaciones, préstamos, ayudas, etc.—y prestan “asesoramiento” para el cultivo, principalmente, de oleaginosas con la utilización de agrotóxicos. Sucede, de igual modo, con los emprendimientos ganaderos.

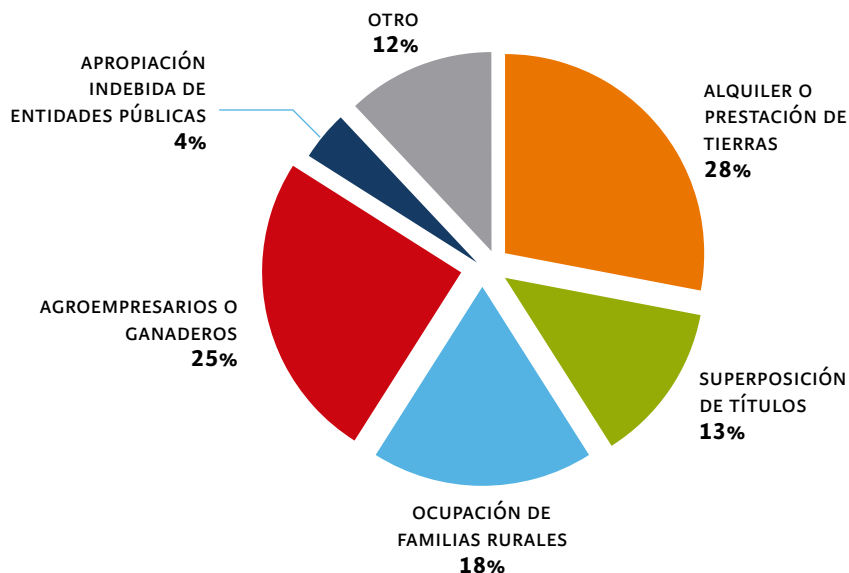
Esta estrategia es sumamente peligrosa, ya que aparentemente no acciona con atropellos de carácter ilegal; sin embargo, amenaza la integridad de aquellas formas de concebir la producción y el buen vivir, propios de las comunidades.

Se introduce mediante la presión discursiva, donde se presenta a la *modernidad* con su promesa de “desarrollo” proponiendo un modelo de comunidad indígena “exitosa”, donde la misma pasa a formar parte de la corriente del agronegocio implementada por las grandes empresas y al servicio de éstas; y al mismo tiempo, funciona como “ejemplo” para otras comunidades que se resisten, juzgándolas de “atrasadas”, puesto que la dimensión cultural de los pueblos indígenas es un argumento descalificado por el agronegocio, reafirmando que esa dimensión los mantiene en el “atraso” que los deja en la “pobreza”.

CONSIDERAMOS QUE ESTAS DINÁMICAS SE APLICAN EN BASE A QUE LAS TIERRAS DONDE ESTÁN ASENTADOS LOS PUEBLOS INDÍGENAS FORMAN PARTE DE LOS ÚLTIMOS REMANENTES DE BOSQUES QUE QUEDAN EN EL PAÍS. FUERA DE ÉSTAS Y DE LAS RESERVAS Y BOSQUES NACIONALES, QUEDAN YA POCAS TIERRAS DISPONIBLES PARA LA EXPANSIÓN DEL AGRONEGOCIO, QUE YA SE HA DEVORADO UN PORCENTAJE CONSIDERABLE DE TIERRAS CULTIVABLES EN PARAGUAY.

GRÁFICO 30

COMUNIDADES INDÍGENAS Y PROBLEMAS DE TENENCIA DE TIERRA



Estos casos suceden principalmente en las zonas donde el cultivo de soja está ampliamente extendido, como en Alto Paraná y Caaguazú. Notoriamente, son estos departamentos los que más personas desplazan forzosamente a los centros urbanos, así como Canindeyú. Por ejemplo, en Central, gran parte de los miembros de las comunidades indígenas urbanas provienen de estas regiones del país. «La pobreza y la falta de seguridad en la tenencia de la tierra han forzado la migración indígena a zonas urbanas, que ha aumentado en los últimos años».

La siguiente estrategia identificada es la de *acaparamiento a través del arrendamiento ilegal de tierra* para la expansión del modelo del agronegocio, en casos, generando rupturas entre familias del colectivo comunitario con sus líderes políticos. Esto sucede a través de fuertes presiones y distorsiones de parte de sojeros y ganaderos de latifundios colindantes, para que referentes de las comunidades autoricen este tipo de producción y el uso de las tecnologías que conllevan.

De igual forma sucede con el tráfico de rollos. Estos procesos violentan a las comunidades y generan fraccionamientos, al haber familias que se oponen al ingreso de este modelo productivo, el cual se presenta en condiciones totalmente asimétricas de relacionamientos, donde las comunidades no pueden ejercer libremente sus criterios propios. Quedan en desventaja, ya que la autoridad impositiva del agronegocio excluye la posibilidad de una verdadera autodeterminación. De igual modo, las regulaciones sobre el agronegocio y su vinculación con los pueblos indígenas suceden en un contexto de gran impunidad, de desprotección.

Según los datos oficiales del último Censo de Población Indígena llevado a cabo en el año 2012, se registró que del total de comunidades censadas, un 29% de ellas tienen algún problema con relación a la tenencia de tierra, de las cuales los casos más problemáticos son de alquiler y apropiación indebida de las mismas por agroempresarios, totalizando un 61% de los casos. Estos datos son alarmantes, más aún teniendo en cuenta que fueron recabados hace ya varios años y que como ya hemos mencionado, las fronteras del agronegocio se expanden aceleradamente y además, por lo general, los datos censales no reflejan la totalidad de la realidad.

Otra estrategia se refiere a los *vínculos irregulares del trabajo forzoso indígena fuera de sus comunidades*, consistente en contratos temporales y con pagos mucho más bajos de lo regulado, o a cambio de víveres, para limpieza de los cultivos, por lo general, de las malezas resistentes a la aplicación del glifosato¹ o para el trabajo dentro de las estancias ganaderas².

1 Centurión Mereles, Hugo Florencio 2011 "Cultivo de Soja transgénica. Efectos en comunidades campesinas e indígenas del Este paraguayo". Ra Ximhai N° 7.003

2 Ibid. Tauli-Corpus, Victoria (2015)

**CUANDO LLEGAMOS, A LA
COMUNIDAD, DESPUÉS DE
TANTOS KILÓMETROS DE
SOL Y SOJA, NOS RECIBEN
CON UN REFRESCANTE
TERERÉ. EN RONDA NOS
SENTAMOS, Y MIRAMOS
CÓMO EN LAS ESTANCIAS
VECINAS CRECE EL CAPI'I
PORORO, RESISTENTE
AL GLIFOSATO. ASÍ –NOS
DICE EL OPORAIVA– CON
NUESTRO REZO, CON
NUESTRA CULTURA, CON
NUESTRA FORTALEZA,
VAMOS A RESISTIR Y
CRECER EN MEDIO DE TODO
LO QUE HAN DERRIBADO.**

CAPÍ'I POROROICHA: CONVICCIÓN Y RESISTENCIA

Sin bien existe una fuerte presión y violencia del modelo de producción del agronegocio, -tanto a nivel material como simbólico sobre las tierras indígenas- la mayoría de las comunidades resisten a este modelo de "desarrollo" ya que se opone a aquellas formas propias de producción familiar e intrafamiliar basadas en sus conocimientos locales, con una gran diversidad de semillas autóctonas y mestizas, y cuyo cultivo es para el autoconsumo comunitario. Formas de producción sostenida por generaciones de cuidados, transmitidas desde antaño.

Esta dimensión cultural -descalificada por el agronegocio- mantiene una estrecha relación con la biodiversidad de sus tierras, donde es posible la generación de bioconocimientos que dan sentido y significado al ser indígena. Las estrategias de asimilación del modelo del agronegocio inmoviliza estas dinámicas, para que desaparezcan en un sentido único de mono-producción: mono-producción de cultivos y mono-producción de sentidos, quedando la diversidad y lo propio, destruidos. Y aquí es donde el agronegocio despliega su discurso basado en el prejuicio, pues no puede sostenerse sin un juicio en contra del modelo autónomo y propio indígena. Para ello, utiliza sus instrumentos de dominación como por ejemplo, los medios de comunicación masivos, cuyos propietarios -como bien se sabe- están mediados por los mismos intereses y negocios.

Pero esta resistencia está acorralada. Acorralada por la expansión territorial de los monocultivos mecanizados o los extensos pastizales para ganado, acorralada por las presiones, por los discursos. Los lindes de las comunidades indígenas -cuando resisten al modelo del agronegocio- son los brutales desalojos, la quema de sus casas, de sus espacios sagrados, la destrucción de sus comunidades, la pérdida de los sentidos propios, la expulsión de sus tierras, las calles y con ellas las drogas, la prostitución o la muerte.

Cuando llegamos, por fin, a la comunidad, después de tantos kilómetros de sol y soja, nos reciben con un refrescante tereré. En ronda nos sentamos, y miramos cómo en las estancias vecinas crece el capi'i pororo, resistente al glifosato. Así –nos dice el Oporaiva– con nuestro rezo, con nuestra cultura, con nuestra fortaleza, vamos a resistir y crecer en medio de todo lo que han derribado.